



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 6

CT 112 MISIÓN DE LA IGLESIA

Padilla, René. “La misión de la iglesia a la luz del Reino de Dios”. En *Misión integral: Ensayos sobre el Reino y la iglesia*, 180-193. Grand Rapids: Nueva Creación, 2015.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

IX

La misión de la iglesia a la luz del Reino de Dios

Cada intento de definir la relación entre el Reino de Dios y la iglesia, por un lado, y entre el Reino de Dios y el mundo, por otro lado, será necesariamente incompleto. Hablar del Reino de Dios es hablar del propósito redentor de Dios para toda la creación y de la vocación histórica que tiene la iglesia respecto a ese propósito aquí y ahora, "entre los tiempos." Es también hablar de una realidad escatológica que constituye el punto de partida a la vez que la meta de la iglesia. La misión de la iglesia, consecuentemente, sólo puede entenderse a la luz del Reino de Dios.

I. LA PRESENCIA DEL REINO

El énfasis central del Nuevo Testamento es que Jesús ha venido a cumplir las profecías del Antiguo Testamento y que en su persona y obra el Reino de Dios se ha hecho una realidad presente.

Uno de los conceptos básicos de la escatología judía en el tiempo de Jesús y sus apóstoles era el de las dos edades (eras o siglos), claramente expresado en una fórmula común en la literatura rabínica: "este siglo" y "el siglo venidero".¹ El dualismo de la escatología judía refleja el profundo pesimismo en que el pueblo judío había caído bajo el gobierno de emperadores paganos en el período posexílico. La voz de Dios se había callado; el Reino mesiánico prometido por los profetas no había aparecido. En contraste, los fieles de Israel eran víctimas del odio y la persecución de los gentiles. A partir de

LA MISION DE LA IGLESIA

esta situación surgió en Israel un concepto de la historia con un interés exagerado en el futuro y un persistente desprecio hacia el presente. La historia estaba divorciada de la escatología. Aunque los judíos todavía esperaban que Dios estableciera una nueva creación, pensaban que esto sucedería en un futuro distante. El presente estaba abandonado bajo el dominio del mal y el sufrimiento.

Tal escatología está en oposición a la de los profetas del Antiguo Testamento, para quienes el cumplimiento de los propósitos de Dios en la historia era de suma importancia. Como George Eldon Ladd ha señalado, "el mensaje profético se dirige al pueblo de Israel en una situación histórica específica y el presente y el futuro se mantienen en una tensión escatológica".²

A lo largo del Nuevo Testamento se presupone la doctrina de las dos edades, pero se la interpreta a la luz de la muerte y resurrección de Jesucristo. La premisa fundamental es que, en la vida y obra de Cristo, Dios ha actuado definitivamente para cumplir su propósito redentor. El actor principal ha aparecido y se ha dado comienzo al drama escatológico de la esperanza judía. La escatología ha invadido la historia. El impacto de aquella sobre ésta ha producido lo que Oscar Cullmann ha denominado correctamente "la nueva división del tiempo".³ En contraste con el judaísmo, el cristianismo en el Nuevo Testamento mantiene que el punto medio de la línea del tiempo no está en el futuro sino en el pasado: ha llegado en Jesucristo. La nueva era ("el siglo venidero") de la esperanza judía se ha iniciado anticipadamente; aquí y ahora es posible disfrutar las bendiciones del Reino de Dios.

Aunque el punto medio de la línea del tiempo ha aparecido, la consumación de la nueva era se realizará en el futuro. El mismo Dios que ha intervenido en la historia para iniciar el drama está actuando todavía y continuará actuando a fin de llevar el drama a su conclusión. El Reino de Dios es, por lo tanto, una realidad presente y a la vez una promesa que se cumplirá en el futuro: ha venido (y está presente entre nosotros) y vendrá (de modo que esperamos su advenimiento). La afirmación simultánea del presente y el futuro da como resultado la tensión escatológica que permea todo el Nuevo

MISION INTEGRAL

Testamento y representa indudablemente un redescubrimiento de la escatología "profético-apocalíptica" que el judaísmo había perdido.⁴

Las investigaciones más recientes en el campo de la escatología del Nuevo Testamento muestran que la más antigua tradición de la enseñanza de Jesús combina la afirmación de la venida del Reino como una realidad presente y la expectativa del cumplimiento futuro del propósito redentor de Dios. Sin embargo, la premisa básica de la misión de Jesús y el tema central de su predicación no es la esperanza de la venida del Reino en una fecha predecible, sino el hecho de que en su propia persona y obra el Reino ya se ha hecho presente con gran poder. Jesús afirma que nadie sabe el día ni la hora en que el drama escatológico llegará a su conclusión, "ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre" (Mr. 13.32). Pero afirma que el último acto del drama ("los últimos días") ha comenzado ya en él. El Reino tiene que ver con el poder dinámico de Dios por medio del cual "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio" (Mt. 11.5). Tiene que ver con el Espíritu de Dios —el dedo de Dios— que expulsa demonios (Mt. 12.28; Le. 11.20). Es visto en la liberación de poderes demoníacos (Le. 8.36), ceguera (Mr. 10.46-52), hemorragia (Mr. 5.34) y la muerte misma (Mr. 5.23). El reino de las tinieblas que corresponde a "este siglo" ha sido invadido; el "hombre fuerte" ha sido desarmado, conquistado y saqueado (Mt. 12.29; Le. 11.22). Ha llegado la hora anunciada por los profetas: el Ungido ha venido para dar buenas nuevas a los pobres, sanar a los quebrantados de corazón, pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, poner en libertad a los oprimidos y predicar el año agradable del Señor (Le. 4.18-19). En otras palabras, la misión histórica de Jesús sólo puede entenderse en conexión con el Reino de Dios. Su misión aquí y ahora es la manifestación del Reino como una realidad presente en su propia persona y acción, en su predicación del evangelio y en sus obras de justicia y misericordia.

En línea con esto, el Reino es el poder dinámico de Dios que se hace visible por medio de señales concretas que

LA MISION DE LA IGLESIA

muestran que Jesús es el Mesías. Es una nueva realidad que ha entrado en el cauce de la historia y que afecta la vida humana no sólo moral y espiritualmente, sino también física y psicológicamente, material y socialmente. En anticipación de la consumación escatológica al final del tiempo, ha sido inaugurado en la persona y obra de Cristo. Está activo en medio del pueblo, aunque sólo puede ser percibido desde la perspectiva de la fe (Le. 17.20-21). La consumación del propósito de Dios se realizará en el futuro pero aquí y ahora es posible vislumbrar la realidad presente del Reino.

A la luz de las manifestaciones visibles del Reino de Dios se puede entender la proclamación del Reino por parte de Jesús. Su anuncio: "El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios se ha acercado; arrepentios y creed en el evangelio" (Mr. 1.15) no es un mensaje verbal dado en aislamiento de las señales que lo corroboran; es, más bien, buenas nuevas acerca de algo que puede verse y oírse. Según las palabras de Jesús, (a) es una noticia acerca de un hecho histórico, un evento que se está realizando y que afecta la vida humana de muchas maneras; (b) es una noticia de interés público, relacionada con toda la historia humana; (c) es una noticia relativa al cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento (el *malkuth Yahveh* anunciado por los profetas y celebrado por Israel se ha hecho una realidad presente); (d) es una noticia que suscita arrepentimiento y fe; y (e) es una noticia que resulta en la formación de una nueva comunidad, una comunidad constituida por gente que ha sido llamada personalmente.

El sentido exacto en que el Reino de Dios ha venido puede verse en la historia de la obra de Jesús que se desarrolla a continuación del anuncio del Reino. En él y por medio de él el Reino de Dios se ha hecho una realidad presente.

II. EL REINO Y LA IGLESIA

El Nuevo Testamento presenta a la iglesia como la comunidad del Reino, la comunidad que reconoce a Jesús como el Señor del universo y por medio de la cual, en anticipación del fin, el Reino se manifiesta concretamente en la historia.

Los términos *Mesías* y *comunidad mesiánica* son correlati-

MISION INTEGRAL

vos: si Jesús era el Mesías, como afirmó ser, entonces no es extraño que entre otras cosas se rodeara de una comunidad que reconociera la validez de su afirmación. Basta un análisis superficial de la evidencia para concluir que así fue en efecto. En su ministerio llamó a hombres y mujeres a dejarlo todo para seguirle (Le. 9.57-62, 14.25-33; Mt. 10.34-38). Aquellos que responden a su llamado constituyen la "manada pequeña" a la cual el Padre desea dar el Reino (Mt. 26.31; Le. 12.32). Serán reconocidos por Jesús en presencia de su Padre que está en los cielos (Mt. 10.32ss.). Son su familia, más cercanos a él que sus propios hermanos y madre (Mt. 12.50).

La referencia de Jesús a esta comunidad mesiánica como "mi iglesia" (Mt. 16.18) armoniza perfectamente con un propósito de su misión: su intención de rodearse de una comunidad propia suya en la cual tengan cumplimiento las promesas del pacto de Dios con Israel. El contexto de la revelación de Jesús de que él establecerá una iglesia que sea característica suya sugiere la relación entre la iglesia y su mesiazgo: sólo después de que sus discípulos lo han reconocido como el Mesías, él les anuncia su intención. Él es el Mesías en quien el Reino de Dios se ha hecho una realidad presente. La iglesia es la comunidad que surge como resultado de su poder real. Siendo así, es obvio que la iglesia no debe ser equiparada con el Reino. Como Ladd lo expresa:

Si el concepto dinámico del Reino es correcto, nunca debe identificarse con la iglesia. . . En la terminología bíblica, el Reino no se identifica con sus sujetos. Estos son el pueblo de Dios que ingresa en el Reino, vive bajo él y es gobernado por él. La iglesia es la comunidad del Reino pero nunca el Reino mismo. . . El Reino es el reinado de Dios; la iglesia es una sociedad de personas.⁵

Según el propósito de Dios, después de Pentecostés el Reino de Dios continuaría como una realidad presente por medio del don del Espíritu Santo. Esto es claro por el hecho de que cuando los discípulos de Jesús le preguntaron: "Señor, ¿cuándo restaurarás el reino a Israel en este tiempo?," él respondió: "No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder,

LA MISION DE LA IGLESIA

cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo" (Hch. 1.6-8). El Espíritu Santo es, pues, el agente de la escatología en proceso de realización. El Reino de Dios que ha irrumpido en la historia en Jesucristo continúa actuando por medio del Espíritu Santo.

La iglesia es el resultado de la acción de Dios por medio del Espíritu. Es el cuerpo de Cristo y, como tal, la esfera en la cual opera la vida de la nueva era iniciada por Jesucristo; el Espíritu Santo es el agente por medio del cual se imparte esa vida a los creyentes (2 Co. 3.6; Gá. 5.25; Ro. 8.2, 6). Asimismo, el Espíritu da a la iglesia los dones (*carismata*) que hacen posible su existencia como una comunidad misionera (1 Co. 2.4ss.). Esto significa que la iglesia no es primordialmente una organización sino un organismo cuyos miembros están unidos por la acción del Espíritu. "Un cuerpo" corresponde a "un Espíritu" (Ef. 4.3-4).

No se puede exagerar la importancia que tiene esta relación entre el Espíritu Santo y la iglesia para la comprensión correcta de la relación entre el Reino de Dios y la iglesia. La iglesia depende del Espíritu para su propia existencia. Sus palabras y acciones son meramente el medio para la manifestación presente del Reino de Dios, y no pueden explicarse plenamente como palabras y acciones humanas. El Reino de Dios no pertenece exclusivamente al futuro. Es también una realidad presente, manifestada en la comunidad cristiana, que es "morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2.22). La iglesia no es el Reino de Dios sino el resultado concreto del Reino. Lleva las marcas de su existencia histórica, del "todavía no" que caracteriza al tiempo presente. Pero aquí y ahora participa en el "ya" del Reino que Jesús ha iniciado.

Como la comunidad del Reino habitada por el Espíritu Santo, la iglesia es claramente llamada a ser una nueva sociedad, una tercera fuerza junto con judíos y gentiles (1 Co. 10.32). No debe ser equiparada con el Reino, pero tampoco separada del mismo. Tiene el propósito de reflejar los valores del Reino, aquí y ahora, por el poder del Espíritu Santo. No es todavía "la iglesia gloriosa", pero sí "el Israel de Dios" (Gá. 6.16), el pueblo de Dios llamado a confesar a Jesucristo como Señor y vivir a la luz de esa confesión. Como

MISION INTEGRAL

Lesslie Newbigin lo expresa:

Sólo la comunidad que ha comenzado a gustar (aunque sólo sea inicialmente) la realidad del Reino puede proveer la hermenéutica del mensaje. . . Sin la hermenéutica de esta comunidad viviente, el mensaje del Reino sólo puede convertirse en una ideología y un programa: no será el evangelio.⁶

El resultado de Pentecostés fue no meramente el poder para predicar el evangelio, sino "muchas maravillas y señales" hechas por los apóstoles, y una comunidad de personas que perseveraban "en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones," y que "estaban juntos, y tenían en común todas las cosas" (Hch. 2.42-44; cf. 4.32-37). Pentecostés, por lo tanto, significó poder para un nuevo estilo de vida que incluía una nueva economía. Los poderes de la nueva era, liberados por Jesucristo, estaban presentes por medio de su Espíritu en el pueblo de Dios, dándole poder para constituirse en una señal del Reino.

III. MISION Y BUENAS OBRAS

Ya que el Reino ha sido inaugurado por Jesucristo, no es posible entender correctamente la misión de la iglesia aparte de la presencia del Reino. La misión de la iglesia es una extensión de la misión de Jesús. Es la manifestación, aunque no completa, del Reino de Dios tanto por medio de la proclamación como por medio de la acción y el servicio social. El testimonio apostólico continúa siendo el testimonio del Espíritu acerca de Jesucristo, por medio de la iglesia. Dios, quien colocó todo el universo bajo Jesús, "lo dio por cabeza por sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Ef. 1.22-23). Como, comunidad del Reino, la iglesia confiesa y proclama al Señor Jesucristo. También realiza buenas obras que Dios ha preparado de antemano para que las haga, para lo cual Dios la ha creado en Jesucristo (Ef. 2.10). Es verdad que "por medio de los escritos apostólicos, Jesús y los apóstoles continúan hablando";⁷ es igualmente verdad que por medio de la iglesia y sus buenas obras el Reino

LA MISION DE LA IGLESIA

de Dios se hace visible históricamente como una realidad presente. Las buenas obras, por lo tanto, no son un mero apéndice a la misión, sino una parte integral de la manifestación presente del Reino: apuntan al Reino que ya ha venido y al Reino que ha de venir.

Esto no significa, por supuesto, que las buenas obras —las señales del Reino— necesariamente persuadirán a los no creyentes acerca de la verdad del evangelio. Aun las obras realizadas por Jesús fueron rechazadas a veces. Sus palabras fueron rechazadas igualmente. Consecuentemente, no debemos interpretar la misión cristiana de tal modo que demos la impresión de que la proclamación verbal es "por sí sola persuasiva a los no creyentes" mientras que las señales —las buenas obras— no lo son.⁸ Ni el ver ni el oír necesariamente producen fe. Tanto la palabra como la acción apuntan al Reino de Dios, pero "nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo" (1 Co. 12.3).

IV. EL REINO DE DIOS Y EL MUNDO

Según el Nuevo Testamento, todo el mundo ha sido colocado bajo el señorío de Cristo. La esperanza cristiana se relaciona a la consumación del propósito de Dios de unir todas las cosas en el cielo y en la tierra bajo el mando de Cristo como Señor, y de liberar la humanidad del pecado y la muerte en su Reino.

El Cristo que la iglesia reconoce como Señor es el Señor de todo el universo. En esta afirmación de su señorío universal, la iglesia encuentra la base para su misión. Cristo ha sido coronado como Rey, y su soberanía se extiende sobre la totalidad de la creación. Como tal, él comisiona a sus discípulos a hacer discípulos de todas las naciones (Mt. 28.18-20).

La iglesia es la expresión del señorío universal de Jesucristo, la manifestación concreta del Reino de Dios. Que Jesús es "Señor de todos" significa no sólo que es soberano sobre toda la humanidad, sino que en el tiempo presente concede las bendiciones del Reino de Dios a todos los que invocan su nombre (Ro. 10.12). Que él es "cabeza sobre todas las cosas" es importante porque como tal ha recibido dominio sobre la

MISION INTEGRAL

iglesia de modo que ésta sea "la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Ef. 1.22). Como Señor exaltado cuya autoridad se extiende a todo el universo, él ha dado a su pueblo dones para capacitarlo para crecer como una unidad orgánica, de modo que pueda imitar el modelo de humanidad realizado perfectamente en su persona (Ef. 4.10ss.). El es el primogénito de toda creación por razón de su papel como sabiduría de Dios, y a la vez es el primogénito de la nueva creación por razón de su resurrección (Col. 1.15, 18). El es "la cabeza de todo principado y potestad" (Col. 2.10) y a la vez "la cabeza del cuerpo, que es la iglesia" (Col. 1.18; cf. Ef. 5.23), la cabeza de la cual la iglesia recibe su vida (Col. 2.19). Por la muerte de Cristo, Dios quiso reconciliar consigo "todas las cosas" (Col. 1.20), y "en su cuerpo de carne, por medio de la muerte" reconcilió a los creyentes a fin de presentarlos "santos y sin mancha e irreprochables delante de él" (Col. 1.22). El hecho de que él está "a la diestra de la Majestad en las alturas" no sólo se relaciona con su preeminencia como el Rey mediador de toda la creación, sino que apunta a su ministerio de intercesión a favor de su pueblo (He. 1.3, 10,12; Ro. 8.34).

Este énfasis central del Nuevo Testamento nos lleva a la conclusión de que la iglesia, si ha de ser comprendida correctamente, debe ser vista en el contexto del propósito universal de Dios en Cristo Jesús. La intención de Dios es "reunir todas las cosas en Cristo. . . así las que están en los cielos, como las que están en la tierra" (Ef. 1.10). El "secreto revelado" está realizándose ya en la iglesia, cuya confesión de Jesucristo anticipa el cumplimiento del propósito de Dios de que "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2.10-11). Hablar del Reino de Dios es hablar de un evangelio universal —un mensaje centrado en el Hijo que fue enviado por el Padre para ser "el Salvador del mundo" (1 Jn. 4.14).

El hecho de que el propósito de Dios incluya todo el mundo no significa que todos los hombres y mujeres automáticamente pertenecen al Reino. El Reino de Dios es un orden escatológico al cual uno debe entrar, y nadie puede entrar en él sin reunir ciertas condiciones (Mt. 5.20, 7.21, 18.3, 19.23;

LA MISION DE LA IGLESIA

Mr. 10.23ss.). Consecuentemente, la proclamación del Reino de Dios no es meramente la proclamación de un hecho objetivo respecto al cual todos deben ser informados; más bien, es simultáneamente la proclamación de un hecho objetivo y una invitación a la fe.

Sin embargo, a la luz del propósito universal de Dios no es posible entender la relación del mundo con el Reino exclusivamente en términos de la providencia de Dios. Con la venida de Jesucristo, todo el mundo ha sido colocado bajo la señal de la Cruz. La Cruz significa no sólo juicio, sino también gracia. Porque Cristo murió y resucitó, el mundo ya no puede ser visto meramente como la humanidad bajo el juicio de Dios. Su "acto de justicia" tiene dimensiones universales. Porque "como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida" (Ro. 5.18). El evangelio continúa siendo la proclamación de un evento que afecta la totalidad de la vida humana.

Consecuentemente, no basta decir que Dios "providencialmente reina supremo y conducirá toda la historia al cumplimiento de sus propósitos en su creación",⁹ como si la obra de Cristo fuese totalmente irrelevante en relación a la manera en que Dios cumplirá su propósito para la historia. Cristo ha sido exaltado como Señor. Debe ejercer su reinado —debe reinar— hasta que todos sus enemigos, incluyendo la muerte, hayan sido colocados debajo de sus pies. "Luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1 Co. 15.28).

El Dios de la redención es también el creador y juez de toda la humanidad que desea la justicia y la reconciliación para todos. Su propósito para la iglesia, por lo tanto, no puede separarse de su propósito para el mundo. A la iglesia se la entiende correctamente sólo cuando se la ve como la señal del Reino universal de Dios, los primeros frutos de la humanidad redimida. Aquí y ahora, en anticipación del fin, *en* la iglesia y *por medio* de la iglesia, todo el mundo es colocado bajo el señorío de Cristo y, por lo tanto, bajo la promesa de Dios de un nuevo cielo y una nueva tierra en el Reino de Dios. Uno no

MISION INTEGRAL

puede leer el Nuevo Testamento y tratar de entender a la iglesia aparte del propósito de Dios para la humanidad y la historia, del cual ella deriva su significado. Sin embargo, la universalidad del evangelio no significa que todos participarán en el Reino de Dios, sino que la iglesia proclamará el Reino a todos (cf. Hch. 1.8, 19.8, 28.23). La redención de la creación es inseparable de "la manifestación de los hijos de Dios;" su liberación es inseparable de "la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Ro. 8.19, 21). En otras palabras, desde la perspectiva del Nuevo Testamento el significado de la historia general está íntimamente vinculado al significado cósmico de la iglesia. Esta no es una secta compuesta por unas pocas almas rescatadas del tumultuosa mar de la historia, sino la manifestación cósmica de la multiforme sabiduría de Dios, que creó todas las cosas (Ef. 3.9-10), el "nuevo hombre" en quien se reproduce la imagen del segundo Adán (Ef. 2.15, 4.13; 1 Co. 15.45), los primeros frutos de la nueva humanidad (Stg. 1.18).

Hablar del Reino de Dios en relación al mundo no es sólo afirmar la providencia de Dios, sino hablar del Rey-Mediador Jesucristo, cuyo Reino se hace visible (aunque todavía no en su plenitud) en la comunidad que confiesa su nombre. Es también confirmar que Dios tiene un propósito para la historia, el mismo que provee sentido y dirección a la misión de la iglesia aquí y ahora. Dios está activo para realizar su propósito para la creación. La iglesia en el poder del Espíritu proclama la salvación en Cristo y planta señales del Reino, dándose siempre enteramente a la obra del Señor, sabiendo que su labor en el Señor no es en vano (1 Co. 15.58).

CONCLUSIONES

De lo que antecede surgen las siguientes conclusiones:

1. Tanto la evangelización como la responsabilidad social pueden entenderse únicamente a la luz del hecho de que en Cristo Jesús el Reino de Dios ha invadido la historia y ahora es una realidad presente a la vez que una esperanza futura, un "ya" a la vez que un "todavía no." En línea con esto, el Reino de Dios no es "el mejoramiento social progresivo de la humanidad, según el cual la tarea de la iglesia es transformar la tierra

LA MISION DE LA IGLESIA

en cielo, y esto ahora," ni "el reinado interior presente de Dios en las disposiciones morales y espirituales del alma, con su base en el corazón".¹⁰ Más bien, es el poder redentor de Dios, liberado en la historia, que trae buenas nuevas a los pobres, libertad a los cautivos, vista a los ciegos y liberación a los oprimidos.

2. La evangelización y la responsabilidad social son inseparables. El evangelio es buenas nuevas acerca del Reino de Dios. Las buenas obras, por otra parte, son las señales del Reino para las cuales fuimos creados en Cristo Jesús. La palabra y la acción están indisolublemente unidos en la misión de Jesús y sus apóstoles, y debemos mantenerlos unidos en la misión de la iglesia, en la cual se prolonga la misión de Jesús hasta el fin del tiempo. El Reino de Dios no es meramente el gobierno de Dios sobre el mundo por medio de la creación y la providencia; si ese fuese el caso, no podríamos afirmar que fue inaugurado por Jesucristo. El Reino de Dios es, más bien, una expresión del gobierno final de Dios en toda la creación, el mismo que, en anticipación del fin, se ha hecho presente en la persona y obra de Jesucristo. Tanto la proclamación del Reino como las señales visibles de su presencia por medio de la iglesia se realizan por el poder del Espíritu —el agente de la escatología en proceso de realización— y apuntan a su realidad presente y futura.

La necesidad más amplia y más profunda de todo ser humano es un encuentro personal con Jesucristo, el Mediador del Reino. "El mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Ro. 10.12b-13). Desde esta perspectiva, y desde ella sola, es posible afirmar que "en la misión de la iglesia, que es misión de servicio sacrificado, la evangelización ocupa el primer lugar" (Pacto de Lausana, sección 6), y el evangelio debe ser proclamado diligentemente. Sin embargo, el evangelio es buenas nuevas acerca del Reino, y el Reino es el dominio de Dios sobre la totalidad de la vida. Cada necesidad humana, por lo tanto, puede ser usada por el Espíritu de Dios como el punto de partida para la manifestación de su poder real. Por eso, en la práctica es irrelevante la pregunta si la evangelización o la acción social debe venir

MISION INTEGRAL

primero. En cada situación concreta, las propias necesidades proveen la definición de las prioridades.

Si la evangelización y la acción social son consideradas esenciales en la misión, no necesitamos un manual que nos diga cuál viene primero y cuál después. Por otra parte, si no son consideradas esenciales, el esfuerzo por entender la relación entre ellas es un ejercicio académico inútil; tan inútil como el tratar de entender la relación entre el ala izquierda y el ala derecha de un avión, cuando uno cree que el avión puede volar con una sola ala. Y, ¿quién puede negar que la mejor manera de entender la relación entre las dos alas de un avión es volar en éste, más bien que especular al respecto?

3. De acuerdo con la voluntad de Dios, la iglesia es llamada a manifestar el Reino de Dios aquí y ahora tanto por lo que hace como por lo que proclama. Porque el Reino de Dios ya ha venido y está por venir, la iglesia "entre los tiempos" es una realidad escatológica e histórica. Si no manifiesta plenamente el Reino, esto no se debe a que el Reino dinámico de Dios ha invadido la era presente "sin la autoridad o el poder para transformarla en la era venidera",¹¹ sino porque la consumación no ha llegado todavía. El poder que está activo en la iglesia, sin embargo, es como la operación del poder de Dios, el cual "operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Ef. 1.20-21). La misión de la iglesia es la manifestación histórica de ese poder por medio de la palabra y la acción, en el poder del Espíritu Santo.

4. Por su muerte y resurrección, Jesucristo ha sido exaltado como Señor del universo. Consecuentemente, todo el mundo ha sido colocado bajo su señorío. La iglesia anticipa el destino de toda la humanidad. Entre los tiempos, por lo tanto, la iglesia —la comunidad que confiesa a Jesucristo como Señor y por él reconoce a Dios como creador y juez de todos los hombres— está llamada a "compartir su preocupación por la justicia y la reconciliación en toda la sociedad humana y por la liberación de los hombres de toda clase de opresión" (Pacto de Lausana, sección 5). La entrega a Jesucristo es entrega a él

LA MISION DE LA IGLESIA

como el Señor del universo, el Rey ante el cual se doblará toda rodilla, el destino final de la historia humana. Pero la consumación del Reino de Dios es la obra de Dios. En palabras de Wolfhart Pannenberg, "el Reino de Dios no será establecido por el hombre. Muy enfáticamente, es el Reino de *Dios*. . . El hombre no es exaltado sino degradado cuando se hace víctima de ilusiones acerca de su poder".¹²